

Teología de la reparación¹

Mauro Gagliardi, presbítero

Profesor ordinario de teología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

1. ¿Tiene todavía sentido la reparación?

El concepto de reparar/reparación actualmente es visto como algo superado. En el pasado, en el hogar o en un laboratorio, se reparaba casi todo: zapatos, vestidos, electrodomésticos... Ahora no se repara casi nada: se tira y se sustituye. Ha sido aceptada la idea de que lo que está roto es irrecuperable. Son excepción pocas cosas costosas, como el coche, la barca o el apartamento: estas cosas todavía se reparan, pero incluso grandes electrodomésticos como una TV o una lavadora con frecuencia ya no se reparan, porque resulta mejor cambiarlas que enviarlas a reparar.

Esta perspectiva no puede no influir también sobre nuestra visión de la fe. Tal vez nos hemos convencido de que incluso en las cosas del espíritu, en materia religiosa, reparar no sea posible, o no convenga. Viene a la mente Ireneo de Lyon, que afirmó que, cuando Adán se arruinó a sí mismo y a nosotros con él, el Verbo habría podido destruir (nosotros diríamos tirar a la basura) la primera plasmación (término técnico con el cual Ireneo indica la creación del hombre, cf. *Adversus haereses*, III 3,3) y rehacer una nueva con la que comenzar de nuevo; pero Dios, al contrario, decidió rehacer la primera plasmación, nosotros diríamos ajustarla, repararla, en vez de tirarla (cf. *Adversus haereses*, III 21,10; V 14,2).

Puesto que san Pablo compara al ser humano con una vasija de barro («llevamos este tesoro en vasos de barro», 2Co 7,4) y puesto que el Génesis (cf. 2,7) describe la creación del hombre precisamente como el modelado del barro, Dios podría haber tomado a Adán, que era similar a una vasija que se había deformado, y podría haberlo aplastado con sus manos en el torno del alfarero, empezando a hacer desde cero una vasija completamente nueva. En lugar de eso, Dios prefirió reparar la vasija deformada, en vez de destruirla. Esto se debe a que en Dios no hay arrepentimiento. Cuando Dios traza un plan, es capaz de llevarlo a cabo, con la debida acción correctiva, incluso cuando la creatura se opone a él. Podríamos decir que el versículo bíblico fundamental que sustentala teología

¹ Conferencia impartida en Paola (CS) el 7 julio de 2023. Traducción de *Ecclesia*.

de la reparación es éste: «¡Los dones y la vocación de Dios son irrevocables!» (*Rm* 11,29). En su contexto, este versículo se refiere al pueblo de Israel. San Pablo explica que la no aceptación de Jesús por la mayoría de los judíos no implica una condena irreversible de ellos, porque no hay que olvidar que fueron el pueblo elegido y amado por Dios en el Antiguo Testamento. La elección y el amor de Dios, a pesar de las infidelidades de Israel, no fueron anulados. Israel no solo fue amado en el pasado, sino que sigue siéndolo. Sobre Israel Dios no solo tenía un plan, sino que –como ha señalado Joseph Ratzinger en cuanto teólogo (cf., más recientemente, el capítulo III de *Qué es el cristianismo*)– de una manera misteriosa Dios sigue teniendo un plan. Esto se debe a que Dios llamó a los israelitas y les dio dones; y «¡los dones y la llamada de Dios son irrevocables!» No es casualidad que un documento publicado en 2015 por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, un documento que trata de las relaciones judeo-católicas 50 años después de la declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II, se titule precisamente así: «¡Los dones y la llamada de Dios son irrevocables!»

Ahora bien, lo que san Pablo dice en *Rm* 11 sobre Israel, el Nuevo Testamento y la doctrina católica conjuntamente lo dicen *a fortiori* sobre la humanidad en general. Si Dios creó al principio a Adán, no lo hizo ciertamente por necesidad, como si a Dios le faltara algo, sino más bien –como explica de nuevo Ireneo (cf. *Adversus haereses*, IV 14,1)– para tener a alguien sobre quien derramar sus beneficios. Dios creó a los hombres para hacerlos destinatario de su gracia salvadora, porque «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (*1Tim* 2,4). Concretamente, no todos se salvan, pero eso no quita el hecho de que Dios no nos ha creado para perecer eternamente, aunque, por desgracia, eso pueda ocurrir. Por eso, a través de Ezequiel, el Señor dice: «Como es verdad que yo vivo –oráculo del Señor Dios– no me alegro de la muerte del malvado, sino que el malvado se convierta de su maldad y viva. ¡Arrepiéntete de tu mala conducta! ¿Por qué queréis perecer, casa de Israel?» (*Ez* 33,11). Y en el Nuevo Testamento, haciéndose eco del profeta, el mismo Cristo comienza a predicar en la misma dirección, exhortándonos: «Convertíos» (*Mc* 1,15).

2. La divina reparación

El Nuevo y el Antiguo Testamento, aunque distintos entre sí, forman parte de un proceso unitario. Ya en el Antiguo Testamento, Dios reparó la infidelidad humana mediante alianzas. Uno de los mejores ejemplos de esta dinámica, compuesta de infidelidad hu-

mana y fidelidad divina, son los capítulos 11-14 del Libro de Oseas. Israel sigue mostrando ingratitud hacia Dios, y Dios, al tiempo que amenaza con un justo castigo por los pecados, llama constantemente al pueblo a volver a Él. También es maravilloso el capítulo 21 de Jeremías: «Te he amado con amor eterno, por eso sigo siéndote fiel», dice Dios a Israel (v. 3). Y en el v. 20: «¿No es Efraín mi hijo amado, mi niño predilecto? Siempre que le amenazo, le recuerdo con cariño. Por eso mi corazón se conmueve por él y siento por él una profunda ternura». A continuación, a partir del v. 31, Dios anuncia la nueva alianza reparadora, la alianza que será establecida por Jesús en el futuro: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros» (Lc 22,20).

En resumen, podemos decir que Dios está bien dispuesto –¡y lo hizo!– a reparar lo que estaba dañado, en lugar de tirarlo apenas se rompe. Si tenemos en cuenta que la palabra «salvación» viene del latín *salus*, que indica salud, estar bien, podemos entender también por qué hablamos del pecado como una enfermedad, como algo que se opone al estar bien, a la salud del cuerpo y del alma. No es casualidad que san Agustín hablara, en varios lugares de su obra, de *Christus Medicus*, comparando la acción salvífica de Jesús a la que realiza un médico junto a la cama de un enfermo, que es el género humano. Pero, al fin y al cabo, mucho antes que el Hiponate, fue el mismo Cristo quien se presentó así. Pensemos en la parábola del buen samaritano, que derrama sobre las heridas del desdichado vino y aceite, sustancias que en el mundo antiguo se utilizaban también con fines medicinales. Los Padres de la Iglesia leen a menudo esta parábola con referencia a Adán, que desde Jerusalén, es decir, desde la cercanía a Dios, del Edén, había bajado a Jericó, la tierra lejana y estéril del pecado, y allí había quedado medio muerto. Llega Cristo, el Buen Samaritano, que carga a Adán sobre sus hombros, como hace el buen pastor con la oveja perdida. Este cargar a Adán sobre sus hombros indica la encarnación del Verbo, que tomó sobre Sí nuestra naturaleza humana y también nuestra debilidad, precisamente para curarlas. O pensemos de nuevo en el milagro por el que Jesús, amasando barro con su saliva, devolvió la vista a un ciego. Aunque lo que es capaz de devolver la vista es la omnipotencia divina de Cristo y no el barro mismo, si el Señor realizó aquel gesto peculiar es porque quería decirnos algo. Aquí se presentó a la vez como el Creador de los orígenes que vuelve a plasmar la vista al hombre que Él moldeó al inicio, y como un médico, pues era práctica común en la antigüedad que el médico preparase la medicina y la administrase al paciente. El aceite y el vino con los que desinfectó las heridas del desgraciado apaleado por los ladrones indican, siempre según los Padres, los sacramen-

tos de la Iglesia, que entre otros efectos tienen también un efecto medicinal, de curación.

El gran misterio de la salvación en Cristo puede expresarse a través de muchas categorías: redención, expiación, sacrificio, satisfacción, penitencia, etc. Esta pluralidad se justifica por el hecho de que los misterios divinos poseen una extraordinaria riqueza de significado, que no puede transmitirse a través de un solo concepto. El misterio único e indivisible de la salvación es revelado y realizado por Dios de muchas maneras, una de las cuales es la reparación. Profundicemos en ello, retomando la imagen ya propuesta de la vasija rota. En el ejemplo anterior, hablábamos de una vasija que se había roto durante la elaboración, con la arcilla todavía fresca. En estos casos, es fácil destruir la forma en el torno del alfarero y empezar a modelarla de nuevo. Pero, ¿qué hacer con las vasijas que se rompen o astillan después de la cocción, cuando el material se ha endurecido y ya no se puede volver a modelar? Dios, en su infinita sabiduría, ha encontrado la manera de repararlas.

Podemos recordar aquí una técnica de reparación de vasijas originaria de Japón, llamada *kintsugi* o *kintsukuroi* («reparación con oro»). En Japón, cuando una vasija se rompe, si es valiosa, se repara con inserciones de oro porque se piensa que una vasija rota, reparada de esta forma, puede ser aún más bella que antes. Las vasijas también pueden fabricarse en serie, por lo que son todas iguales, mientras que las heridas y grietas causadas por caídas u otras causas son todas únicas e irrepetibles. En cierto modo, una vasija rota es más única e inimitable que una vasija intacta. Detrás de esta técnica *kintsugi* se esconde una filosofía de vida típicamente japonesa.

Los occidentales –al menos mientras no hayamos sido evangelizados– por cultura antigua tendemos a considerar el sufrimiento como algo inútil. No solo lo consideramos molesto; sobre todo, nos inclinamos a pensar que no produce nada positivo en nuestra vida. Incluso los occidentales tratamos de ocultar o disimular los defectos físicos, o las heridas, en la medida de lo posible. Para los japoneses, por el contrario, el dolor no es una dimensión inútil, ni los defectos y las heridas son algo de lo que avergonzarse. Tanto las heridas del cuerpo como las del alma deben exhibirse sin pudor. Contribuyen a la singularidad y belleza de la persona, un sujeto único e irrepetible. Esta forma de arte pretende enseñar que de una herida cicatrizada, desde la lenta y laboriosa reparación que sigue a una rotura, puede renacer una forma superior de belleza y perfección, sugiriendo así que las marcas impresas por la vida en nuestra piel y en nuestra mente tienen valor y significado, y que es a partir de ellas, de su aceptación y curación, como comienzan los proce-

sos de regeneración y renacimiento interior, que nos convierten en personas nuevas y realizadas.

Recordemos que el cuerpo glorificado de Cristo lleva impresos para siempre las llagas gloriosas. Ya no son llagas dolorosas y sangrantes. Han sido curadas en la resurrección. Santa Faustina Kowalska vio brotar rayos de luz de la herida abierta en su costado. Son heridas luminosas, como las reparaciones de oro de las vasijas japonesas. Y estas heridas de amor hacen aún más bello el cuerpo resucitado de Cristo. Los que se salven verán eternamente este cuerpo y estas heridas gloriosas, y recordarán con amor infinito lo que el Verbo quiso sufrir por ellos. Los ángeles y los santos contemplarán eternamente los signos de la reparación.

Incluso en el mundo natural hay ejemplos similares. Pensemos en la perla. Se forma en la ostra como consecuencia de un mal, por ejemplo cuando el molusco se daña o es penetrado por un parásito. En estos casos, la ostra, para defenderse de una posible infección, segrega nácar de forma cíclica, motivo por el cual la perla se forma lentamente en capas y adquiere su característica forma esférica. La perla es el resultado de la reparación natural de una lesión sufrida. Podrían añadirse otros ejemplos.

En aras de la claridad, conviene decir que esto no significa en modo alguno negar que el mal es el mal y siempre sigue siendo el mal. El mal no es el bien, como el pecado no es la virtud. Lo que se quiere decir es que, en un mundo caído de su esplendor original, es de hecho imposible no entrar en contacto con el mal, la enfermedad, el dolor, la imperfección. Todas estas fuerzas –que son y serán siempre un mal y, por tanto, no pueden ser elegidas voluntariamente por nosotros, sino soportadas– en mayor o menor medida tocan, hieren a todos los hombres. Pero ahí reside la grandeza de Dios, que no permitiría el mal si no tuviera ya un remedio, una cura. Si Dios permite que el parásito penetre en la ostra, que es un mal, lo hace solo porque sabe que de ahí surgirá la perla. Si Dios permite el mal y el pecado, es porque por su Providencia todopoderosa sabrá sacar de ese mal un bien aún mayor.

Viene a la mente la paradójica expresión del Pregón pascual, que, refiriéndose al pecado de Adán, entona *Felix culpa* – ¡felic culpa! Una culpa, por supuesto, no puede ser de ningún modo algo bello, un acontecimiento feliz. Pero para comprender la paradoja, basta con leer la frase en su contexto:

<i>O certe necessarium Adae peccatum, quod Christi morte deletum est!</i> <i>O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem!</i>	En verdad fue necesario el pecado de Adán, que fue cancelado con la muerte de Cristo. ¡Feliz culpa, que mereció tener tal Redentor!
--	--

En resumen, si Adán no hubiera pecado, no habríamos tenido al Redentor, porque no habría habido nadie a quien redimir. Redimir significa recomprar. Pero si Adán no se hubiera vendido como esclavo del pecado y de Satanás, Cristo no habría venido a pagar el precio de nuestro rescate, es decir, su preciosa sangre. Por eso el pecado de Adán es y sigue siendo pecado: es pecado, es mal. Y, en cuanto tal, no puede ser algo bueno. Pero si pensamos que a causa de él vino Cristo Redentor a reparar, a repararnos, entonces incluso ese pecado es una *felix culpa*.

3. La manera de reparar

¿De qué manera ha realizado Cristo nuestra reparación? También a este respecto, la Escritura y la Tradición presentan un amplio abanico de indicaciones. San Ireneo nos habla de "recapitulación", basándose en san Pablo, que propone una comparación entre el primer y el segundo Adán. El lionés dice que el segundo Adán, Cristo, vino a recapitular al primero. Recapitular es un término complejo, en Ireneo, que posee varias facetas. Para ser breves, diremos que recapitular es, por una parte, traer de nuevo a la tierra al Adán original; por otra, implica llevar a plenitud al Adán original. Estas doctrinas, antes de ser de Ireneo, proceden también de san Pablo. En efecto, el Apóstol habla de Jesús a la vez como del "segundo hombre" (1Co 15,47), en relación con el primer hombre Adán, y como del "último Adán" (1Co 15,45). Jesús es el segundo hombre porque con Él vuelve por primera vez a la tierra el Adán del principio, el Adán anterior al pecado. Cristo, en efecto, es verdadero hombre, semejante a nosotros en todo excepto en el pecado. Jesús es hombre como lo era Adán en el Edén, antes de que éste deformara su propia semejanza con Dios. Jesús es el hombre íntegro, sin mancha. Por eso preservó de antemano a su Madre, igualmente sin mancha, inmaculada, porque de ella iba a tomar una humanidad sin mancha. Además, Cristo es también el "último Adán". La expresión griega utilizada por san Pablo es *eschatos Adam*. Como es bien sabido, la escatología es la rama de la teología que trata de las realidades últimas y definitivas, que trascienden este mundo. Decir, pues, que Jesús no es solo el segundo, sino también el último Adán, significa que Cristo no solo reprodujo la humani-

dad perfecta en la tierra, sino que la condujo a su plenitud final, a la vida de la resurrección. He aquí el misterio de la recapitulación: Cristo ha recapitulado en Sí mismo a su criatura para repararla y conducirla al destino último que Dios, en su plan de salvación, quiso para ella.

La reparación se realiza entonces, como ya se ha dicho, como redención, recompra. La Escritura dice que Cristo reparó pagando el precio de nuestra redención. Un autor antiguo, Orígenes, tenía una teoría muy cuestionable sobre esto. El Nuevo Testamento dice claramente que Cristo dio su sangre, su vida, como precio de nuestro rescate (cf. *1Pe* 1,18-19; *1Cor* 6,20; etc.), pero no dice a quién se pagó ese precio. Orígenes propuso una teoría que hipotizaba la existencia de unos supuestos "derechos del diablo". Puesto que Adán se vendió como esclavo a Satanás, éste tendría derecho a ser pagado para liberarlo y, por tanto, Cristo habría tenido que derramar su sangre como precio pagado al diablo (cf. *Comentario a la Epístola a los Romanos*, 2.13). Esta teoría horrorizó a san Gregorio Nacianceno, que la calificó de insulto (cf. *Discurso* 45). Pero fue solo con san Anselmo de Aosta (cf. *Cur Deus homo*, I, 7; II, 19) que se produjo un argumento definitivo para descartar esta idea. En realidad, Cristo no ofreció su vida al diablo, sino al Padre, por nosotros (cf. *Heb* 9, 14; santo Tomás, *Summa Theologiae*, III 48, 4 ad 3). Su sangre fue entregada como sacrificio al Padre para expiar nuestros pecados. «Es él [Cristo] a quien Dios ha establecido abiertamente como instrumento de expiación, mediante la fe, en su sangre, como manifestación de su justicia para la remisión de los pecados» (*Rm* 3,25). «Él es la víctima de la expiación por nuestros pecados; no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (*1Jn* 2,2).

Así, han surgido otras dos categorías bíblicas: el sacrificio y la expiación. El Antiguo Testamento postula el principio de que el sacrificio tiene el valor de purificación de los pecados. En el *Libro del Levítico*, Dios dice: «La vida de la carne está en la sangre. Por eso os he concedido que la pongáis sobre el altar en expiación por vuestras vidas; porque la sangre expía, pues es vida» (*Lev* 17,11). Este versículo justifica por sí solo gran parte del extenso ritual de sacrificios de Israel. Pero, aunque de un modo nuevo, también en el Nuevo Testamento el principio se mantiene. Leemos en la *Carta a los Hebreos* que Cristo

entró de una vez para siempre en el santuario, no mediante la sangre de machos cabríos ni de terneros, sino en virtud de su propia sangre, obteniendo así una redención eterna. Porque si la sangre de los machos cabríos y de los terneros y las cenizas de una becerra, rociadas sobre quienes están contaminados, los santifica purificán-

dolos en la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo –quien, movido por el Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios– limpiará nuestra conciencia de las obras de la muerte, para que sirvamos al Dios vivo? (*Heb 9,12-14*).

Y un poco más adelante, confirmando al Antiguo Testamento, la misma Epístola afirma: «sin derramamiento de sangre no hay perdón» (*Heb 9,22*).

El misterio de la reparación de la creatura es un misterio de expiación, es decir, de limpieza de las manchas del pecado. Y estas manchas solo son lavadas por la sangre del verdadero Cordero. Esto se confirma una vez más en la gran visión del *Apocalipsis*, en la que Juan ve una inmensa multitud en el Cielo, formada por hombres de todas las etnias y naciones, y pregunta quiénes son. Se le responde: «son los que vienen de la gran tribulación y han lavado sus vestiduras, y las han blanqueado en la sangre del Cordero» (*Ap 7,14*). También esta imagen es paradójica. Estas personas llevan vestiduras muy blancas, ¡que se han hecho así sumergiéndolas en sangre! Todo el mundo sabe que un vestido, si se sumerge en sangre, no queda en absoluto blanco; sin embargo, esto es precisamente lo que se dice, porque la sangre de Cristo no mancha, sino que lava. Tiene el poder de quitar las manchas del pecado. La expiación en la sangre repara, es una reparación, porque devuelve al vestido bautismal su blancura original. Reparar, de hecho, significa poner las cosas en su sitio, hacer que vuelvan a funcionar como cuando eran nuevas.

Volviendo a los títulos cristológicos de “segundo” y “último Adán”, se puede entender una cosa más: solo lo que ha sido restaurado a su condición original puede alcanzar entonces su perfección final. Solo el primer Adán, el Adán íntegro tal como salió de las manos de Dios creador, puede convertirse también en el último Adán, el Adán eternamente salvado en el cielo. El Adán caído en el pecado es un ser frustrado, que no puede realizarse porque ya no funciona tan perfectamente como antes. La reparación es necesaria para que el hombre pueda ser salvado.

Estas sencillas reflexiones muestran que la reparación, como expiación del pecado, implica siempre el sacrificio, la cruz, la ofrenda de la vida. De este sacrificio Cristo dejó el memorial perpetuo en la Santa Misa. Existen además otras dimensiones de la reparación, como por ejemplo la satisfacción, de la que habló en particular san Anselmo, sin olvidar la categoría fundamental del amor, que atrajo mucho la reflexión de Abelardo, que sin embargo desarrolló de manera unilateral, así como la de santo Tomás de Aquino, que por el contrario ofreció una síntesis admirable al reflexionar sobre el tema de la justicia y de la misericordia, así como del sacrificio

interior y exterior. Lamentablemente, no podemos profundizar en estos u otros aspectos en esta ocasión.

4. La colaboración del hombre a la reparación

Hasta aquí hemos considerado lo que es más fundamental en el gran misterio de la reparación, es decir, el hecho de que Dios reparó el pecado de los hombres en su Hijo encarnado. Cristo es el gran Reparador, Aquel que devolvió a los hijos de Adán la semejanza con Dios, desfigurada desde el comienzo de la historia, como recuerda *Gaudium et spes*. En el n. 13 de la Constitución pastoral se lee: «Constituido por Dios en estado de justicia, el hombre, sin embargo, tentado por el Maligno, desde el comienzo de la historia abusó de su libertad, erigiéndose contra Dios y ansiando alcanzar su fin fuera de Él». Y en el n. 22 se añade que Cristo «es el hombre perfecto que restituyó a los hijos de Adán la semejanza con Dios, deformada ya desde el principio a causa el pecado».

Sin embargo, ahora debemos desarrollar brevemente también un segundo elemento fundamental, a saber, el hecho de que también nosotros estamos llamados a reparar los pecados. En las realidades de la fe católica, en efecto, existe siempre una síntesis entre Dios y el hombre y, por tanto, entre la acción de la gracia divina y la libre cooperación de la creatura. A este respecto, es emblemática la famosa frase de san Agustín: «El que te formó sin ti, no te hará justo sin ti» (*Sermo 169*, 11, 13). Dios nos creó sin pedir nuestro consentimiento, lo cual además no hubiera sido posible, porque no existíamos. Pero después de crearnos pide nuestra libre adhesión a la salvación que nos da. Dios nos ha formado sin nosotros. Nosotros nos hemos deformado sin Él, más aún, contra Él. Dios quiere reformarnos, quiere repararnos, pero nos pide que cooperemos en nuestra reparación. Por eso hay aquí un *et-et*: la reparación es obra tanto de Dios como del hombre. Mucho más de Dios que del hombre; sin embargo, también el hombre debe reparar.

Ahora bien, esta reparación por parte del hombre es a la vez personal y eclesial. Así como, por parte de Dios, la reparación es obra tanto de la omnipotencia divina como de la humanidad de Jesucristo, por nuestra parte entran en juego tanto el individuo como la comunidad cristiana. Esta coparticipación entre individuo y comunidad está prácticamente omnipresente en toda la Biblia, desde Adán hasta Cristo. Según la Biblia, Adán es un individuo, pero representa y contiene en sí a toda su descendencia. Lo mismo vale para Noé, Abraham, David, etc., hasta llegar al mismo Cristo. San Pablo, desarrollando ulteriormente la comparación entre Adán y Cristo, lo dice de modo explícito: «Así, pues, como por la caída de

uno solo la condenación fue derramada sobre todos los hombres, así también por la obra justa de uno solo la justificación, que da la vida, es derramada sobre todos los hombres. Porque así como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (*Rm* 5,18-19).

Ya en el Antiguo Testamento la reparación era obra tanto del individuo como de la comunidad. Pensemos, por ejemplo, en los cuatro cantos del Siervo de Yahvé, contenidos en el *Libro de Isaías*: en ellos, el siervo es considerado a la vez como individuo y como Israel en su conjunto. Esta figura misteriosa realiza la reparación de los pecados del pueblo en forma de expiación vicaria, por la que los pecados de todo el pueblo se cargan sobre los hombros del justo, y la santidad del justo merece la reparación para todos.

Se podría pensar que, puesto que Cristo es el gran Reparador de la humanidad, no habrá nada más que hacer, ya que Él ha cumplido perfectamente la redención del género humano. Que Cristo lo ha hecho está fuera de toda duda. Pero, como acabamos de decir, el plan de Dios implica siempre a la creatura racional. La gran reparación la realiza Cristo, no nosotros. Y la realizó sobre todo mediante la Pasión y la muerte en la cruz. A pesar de ello, san Pablo pudo escribir a los Colosenses una frase extraordinaria como la siguiente: «Me alegro de mis padecimientos, que llevo por vosotros, y completo en mi carne lo que falta de los padecimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1,24). Desde la época patristica, los teólogos han explicado que, en realidad, nada falta a los padecimientos de Cristo. La Pasión de Cristo es perfecta, porque obtuvo el mérito para la salvación de todos los hombres y, en este sentido, no hay que añadirle nada, ya que todo «está cumplido» (*Jn* 19,30).

Lo que falta no está en la parte de Cristo, sino en nuestra parte. De hecho, san Pablo habla de «lo que falta en mi carne» a los padecimientos de Cristo. Los padecimientos de Cristo han producido un inmenso tesoro de méritos, un tesoro compartido por Cristo con sus santos, a los que Cristo llama a cooperar con Él en el amor. Cristo ha cumplido su parte perfectamente y sin falta, de una vez para siempre (cf. *Rm* 6,10; *Heb* 7,27). Él es el Salvador único y universal, que no necesita de nosotros para salvarnos. No nos necesita, pero desea libremente asociarnos a su obra. Su unicidad no excluye, sino que incluye. Es unicidad que fundamenta la participación. Y así se forma el tesoro de los méritos de la redención, un tesoro que tiene su origen, causa y cumplimiento en Cristo; pero un tesoro que Cristo quiere enriquecer también con los méritos de sus santos. Por eso, la Iglesia tiene la posibilidad de conceder indulgencias, sacándolas del tesoro de los méritos de Cristo y de los santos.

En el *Manual de Indulgencias* de la Penitenciaría Apostólica (edición de 2008) leemos:

La indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya remitidos en cuanto a la culpa, que el fiel, debidamente dispuesto y bajo ciertas condiciones, adquiere por intervención de la Iglesia, la cual, como ministro de la redención, dispensa y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos (Norma n. 1).

El gran misterio de la reparación implica, por tanto, una sinergia divino-humana: la reparación realizada por Dios en Cristo, y la reparación que debemos realizar nosotros, sumergiéndonos en la gran reparación ya perfectamente realizada por el Señor y casi nutriéndonos en ella. La espiritualidad cristiana, fundada en una sana teología, se ha nutrido ampliamente de estas verdades. La devoción en la que más claramente se siente el tema de la reparación es la del Sacratísimo Corazón de Jesús. La base teológica se encuentra en varios de los aspectos que hemos esbozado brevemente más arriba. Como hombre real, Jesús tiene un corazón humano real: no solo el órgano del corazón, sino un corazón humano en el sentido de la capacidad de amar de un modo humano, como hombre. *Gaudium et Spes*, 22 nos lo recuerda de nuevo: «Por su encarnación, el Hijo de Dios se unió en cierto modo a todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre».

Santo Tomás de Aquino se detuvo en explicar bien que la ofrenda de la vida hecha por Jesús al Padre con su voluntad humana tiene un valor decisivo en el misterio de la redención (cf., por ejemplo, *Summa Theologiae*, III 48,3). En efecto, existe el sacrificio externo, es decir, visible, que en el caso de Jesús fue la muerte en la cruz; y existe el sacrificio interno, es decir, la ofrenda de la vida que Jesús hizo al Padre por amor. La caridad humana que habita con toda plenitud en el corazón humano de Cristo, la decisión de su voluntad humana al decir «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42), aceptando así la Pasión y la muerte, todo esto fue decisivo para la reparación del pecado de Adán. La redención del género humano fue el resultado de una sinergia entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre; pero no de un hombre cualquiera, sino del Hombre-Dios Jesucristo.

5. La devoción al Sagrado Corazón

La devoción al Sagrado Corazón adora aquel Corazón traspasado por los pecados de los hombres, aquel Corazón que amó a Dios y a los demás hombres con perfecta caridad humana, aquel

Corazón que decidió dar su propia vida, adhiriéndose al designio divino, para reparar los pecados de los demás, los pecados de sus hermanos. Por tanto, la devoción al Sagrado Corazón está también íntimamente ligada al sacerdocio de Cristo, porque Cristo ejerció su sacerdocio ofreciendo un sacrificio no solo exterior, sino tanto exterior como interior. Ofreció visiblemente su cuerpo en la cruz y, al mismo tiempo, invisiblemente, ofreció su vida al Padre en el altar de su alma humana. Fue Víctima, Altar y Sacerdote.

Como se ha dicho, esto concierne sobre todo a Jesús, pero por participación nos concierne también a nosotros. Jesús mismo dijo: «Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (*Jn* 13,15). Y por eso el apóstol Juan se hace eco de Él al escribir: «En esto hemos conocido el amor, en que Él dio su vida por nosotros; por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (*1Jn* 3,16). Puesto que Cristo puso en práctica y mostró la perfecta caridad reparadora, también nosotros debemos practicar la reparación.

Qué sea lo que tenemos que reparar, es conocido por todos: los pecados. A quién debemos ofrecer esta reparación, ahora se ha vuelto igualmente obvio. Ya hemos mencionado la teoría errónea de Orígenes de que Cristo pagó el precio al diablo. La Biblia, los Padres y los Doctores han enseñado, en cambio, que Cristo ofreció el precio del rescate a Dios. Es a Dios a quien ofenden los pecados y, por tanto, es a Dios a quien hay que ofrecer la reparación. En el cristianismo, esta reparación ofrecida a Dios toma la forma de reparación ofrecida a Jesucristo, es decir, a Dios que se convirtió en la Víctima inocente que estuvo dispuesta a sacrificarse por los culpables. Por eso, en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la reparación es algo que ofrecemos a Cristo mismo, cuyo Corazón está rodeado de espinas, es decir, de los dolores que le causan nuestras infidelidades e ingratitudes. En la encíclica *Haurietis Aquas* (15 de mayo de 1956), dedicada específicamente a la devoción al Sagrado Corazón, Pío XII, atribuyendo el desarrollo de esta devoción particularmente a la obra de santa Margarita María Alacoque, escribió que el culto al Corazón de Jesús «ha asumido las características de un homenaje de amor y reparación, que lo distinguen de todas las demás formas de piedad cristiana». Los actos de amor y reparación son considerados por el Papa Pacelli como “elementos esenciales” de la devoción al Sagrado Corazón.

Pío XII se basó en las enseñanzas de su predecesor inmediato, Pío XI, que había publicado en 1928 la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, dedicada al acto de reparación al Sacratísimo Corazón de Jesús. En el documento, el Papa Ratti invita a realizar un acto de consagración de la humanidad al Sagrado Corazón, consagración

que está indisolublemente unida a la reparación. En palabras del Pontífice:

A estos deberes, especialmente a la consagración, tan fructífera y confirmada en la fiesta de Cristo Rey, necesario es añadir otro deber [...] nos referimos al deber de tributar al Sacratísimo Corazón de Jesús aquella satisfacción honesta que llaman reparación. Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdenado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación.

Y si unas mismas razones nos obligan a lo uno y a lo otro, con más apremiante título de justicia y amor estamos obligados al deber de reparar y expiar: de, justicia, en cuanto a la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y en cuanto a la reintegración del orden violado; de amor, en cuanto a padecer con Cristo paciente y «saturado de oprobio» y, según nuestra pobreza, ofrecerle algún consuelo².

Además, Pío XI menciona explícitamente las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María. En particular, relata una de las lamentaciones confiadas por el Señor a la Santa e indica las principales prácticas de reparación:

Cuando Jesucristo se aparece a Santa Margarita María, predicándole la infinitud de su caridad, juntamente, como apenado, se queja de tantas injurias como recibe de los hombres por estas palabras que habían de grabarse en las almas piadosas de manera que jamás se olvidarán: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de tantos beneficios los ha colmado, y que en pago a su amor infinito no halla gratitud alguna, sino ultrajes, a veces aun de aquellos que están obligados a amarle con especial amor». Para reparar estas y otras culpas recomendó entre otras cosas que los hombres comulgaran con ánimo de expiar, que es lo que llaman Comunión Reparadora, y las súplicas y preces durante una hora, que propiamente se llama la Hora Santa; ejercicios de piedad que la Iglesia no solo aprobó, sino que enriqueció con copiosos favores espirituales.

A esta breve lista podrían añadirse otros ejemplos, actualizados al mundo de hoy. Actos de reparación al Corazón traspasado de Cristo son obras como rescatar a una prostituta de la calle, reunir a niños arrancados de sus familias a causa de la guerra, trabajar para curar de sus adicciones a drogadictos, ludópatas o alcohólicos, pero también intentos de reconciliación entre amigos, familiares,

² Texto tomado de www.vatican.va, como el que se reproduce un poco más adelante (Nota de *Eccllesia*).

feligreses que se han peleado por algún motivo... la lista de estas obras de reparación podría ser muy larga.

Lo esencial, independientemente de la obra concreta que se realice, es reproducir en uno mismo los mismos sentimientos que Cristo tuvo durante su Pasión: el deseo de ofrecer actos de amor a Dios para la reparación de los pecados de los hombres. La necesidad de reparación es consecuencia de la gravedad del pecado, un elemento que hoy se tiene poco en cuenta. El pecado posee una gravedad infinita, porque es una ofensa a Dios y un rechazo de su amor. Dios nos lo ha dado todo y nosotros se lo devolvemos con actos de profunda enemistad. En la raíz del pecado está la ingratitud hacia Aquel que nos ha dado y nos da todo lo bueno. Por eso el pecado hiere el Corazón perfectísimo de Cristo y hace necesaria una reparación consoladora.

6. Objeciones en contra de la teología y de la práctica de la reparación

No obstante, frente a tales enseñanzas pueden plantearse objeciones. En particular, podemos abordar aquí dos. La primera objeción contra la necesidad de ofrecer reparación al Corazón de Cristo ya fue considerada por Pío XI en la encíclica antes citada, que resumió en estos términos: «¿Cómo puede decirse que Cristo reina bienaventurado en el Cielo si puede ser consolado por estos actos de reparación?» Cristo resucitado está en el Cielo en estado de impasibilidad; ya no sufre. Esta doctrina tiene una base bíblica evidente: «Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte ya no tiene poder sobre Él» (Rm 6,9). Si Cristo ya no sufre, ni siquiera puede sufrir a causa de nuestros pecados y, por tanto, ¿cómo podría ser consolado, puesto que no puede haber sufrimiento en Él para ser consolado? Pío XI responde que las almas contemplativas, meditando y casi imaginando a Cristo lívido y sangrante durante su Pasión, saben bien que fue reducido a ese estado a causa de los pecados no solo de sus contemporáneos, sino también de los hombres futuros. En consecuencia, Él también pudo experimentar consuelo en esos momentos atroces, conociendo por su conocimiento divino y humano la futura reparación amorosa ofrecida por los buenos cristianos a lo largo de los siglos. En palabras más sencillas, ofrecemos reparación hoy porque esta reparación fue vista por Cristo durante la Pasión y le trajo consuelo. En un opúsculo sobre el Sagrado Corazón, Karl Rahner sintió que debía pronunciarse contra la doctrina expuesta por Pío XI, que, sin embargo, tiene un buen fundamento teológico, así como el consenso de muchos místicos y almas contemplativas.

El Papa Ratti añade una segunda respuesta: la Pasión está completa en la Cabeza, pero todavía no en los miembros. En su Cuerpo místico, en palabras de Pascal, «Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo» (*Pensamientos*, 553). Por eso, apareciéndose a Saulo, identificándose con su Iglesia perseguida, el Señor –aunque ya había resucitado– dijo: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (*Hch* 9,5). Cristo en el cielo ya no sufre. Pero sufre místicamente en la tierra, en su Cuerpo eclesial, y ésta es una segunda razón que muestra la necesidad de la reparación.

Una segunda objeción, planteada por varios teólogos recientes y que se ha convertido en la convicción de varios sacerdotes y fieles, considera que la práctica de la reparación se basa en una teología que es, si no errónea, al menos anticuada. Normalmente, quienes plantean esta objeción cuestionan sobre todo la teología de san Anselmo, culpable en su opinión de haber presentado una idea demasiado justicialista de Dios. Sin entrar en detalles, la objeción en cuestión sostiene que hoy tenemos una visión más equilibrada y correcta de Dios. No aceptamos la idea de un Dios que vela por un orden de justicia y exige reparación, por no decir venganza, por las ofensas sufridas. Este Dios no sería realmente el Dios cristiano, que es el Dios del amor y de la misericordia.

Como sucede a menudo, este razonamiento contiene también algunos elementos correctos. Es indudable que nuestro Dios es Amor. Es cierto que Él es misericordioso y que no debe ser retratado como una especie de contable que tiene en cuenta si se han entregado o no los recibos de pago. Por otra parte, eliminar la justicia, la verdad, la santidad o la trascendencia de la imagen de Dios; así como eliminar elementos como la redención, el precio de rescate, el sacrificio, la expiación, etc. de la comprensión de su plan salvífico, implicaría ignorar muchas páginas de la Biblia. No hay que olvidar que Dios se nos ha revelado como justo y misericordioso: ni solo justo ni solo misericordioso. Es perfecto en todos los aspectos y no solo en algunos. Sin embargo, a quienes sostienen esta objeción contra la práctica de la reparación les molesta especialmente la idea de que la oración, la adoración eucarística, la Comunión reparadora y las penitencias puedan contar ante Dios como obras compensatorias. Afirman que lo que realmente cuenta es la caridad, razón por la cual, en lugar de ofrecer una hora santa, uno debería comprometerse con otras causas mucho más concretas.

Pío XII ya había prestado atención a este punto en particular en la citada encíclica *Haurietis Aquas*, en la que escribió:

Otros, finalmente, al considerar que esta devoción exige, sobre todo, penitencia, expiación y otras virtudes, que más bien juzgan *pasivas* porque aparentemente no producen frutos externos, no la

creen a propósito para reanimar la espiritualidad moderna, a la que corresponde el deber de emprender una acción franca y de gran alcance en pro del triunfo de la fe católica y en valiente defensa de las costumbres cristianas; y ello, dentro de una sociedad plenamente dominada por el indiferentismo religioso que niega toda norma para distinguir lo verdadero de lo falso, y que, además, se halla penetrada, en el pensar y en el obrar, por los principios del *materia- lismo* ateo y del *laicismo*³.

7. Recuperar la reparación en el amor

En tiempos de Pío XII, las virtudes activas, preferibles a las pasivas, eran las de la apologética frente a los adversarios de la fe y el apostolado orientado al triunfo de la fe católica en una sociedad que se alejaba de Dios a causa del indiferentismo, el materialismo y el secularismo. Hoy en día, entre las virtudes activas preferidas también por muchos creyentes se encuentran otras, a menudo teñidas de un perfil social o ecológico. Más allá de esta observación, la cuestión es que la desconfianza hacia la espiritualidad expresada en las prácticas de reparación tiene su origen en una oposición indebida dentro de la vida cristiana entre virtudes activas y pasivas. Este error, que normalmente favorece a las primeras en detrimento de las segundas, fue calificado de "americanismo" por León XIII en *Testem benevolentiae* de 1899. Por nuestra parte, nos limitamos a señalar que también aquí debe prevalecer una sana síntesis y no una yuxtaposición, siendo la vida cristiana un compuesto de virtudes activas y pasivas conjuntamente. En consecuencia, incluso los actos de reparación pertenecientes a las virtudes pasivas (adoración, silencio, obediencia, aceptación, penitencias, etc.) no deben en absoluto despreciarse, sino más bien cultivarse.

Las leyes económicas básicas enseñan que, a menudo, cuanto más raro es un objeto, más valioso es. Particularmente en el contexto eclesial actual, que no pocas veces no presta atención a las virtudes pasivas, la espiritualidad de la reparación, con sus gestos propios, representa una perla de gran valor, que estamos llamados a estimar y cultivar, porque, como dijo Cristo a la Samaritana, «así quiere el Padre que sean los que le adoran» (*Jn* 4,23). Entre estos gestos de reparación, hay que recuperar sobre todo la práctica tan olvidada de las penitencias. Lejos ya de una cierta mentalidad que en el pasado pudo generar, a veces, una mala comprensión de tal práctica, hoy podemos y debemos volver a ella, estando bien encuadrada en una visión que lea la relación con Dios sobre todo desde la perspectiva del amor, sin negar la justicia. Las penitencias

³ Texto tomado de www.vatican.va (Nota de Ecclesia).

son también parte integrante de este amor. Es por amor a Dios y a Cristo que se realizan, y es con amor que se Les ofrecen, porque eso es lo justo, es lo que corresponde a la justicia. Hacer lo que es justo, por otra parte, es el grado más bajo de la caridad (cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 29 de junio de 2009, n. 6), razón por la cual la justicia forma parte del amor y no está en contra de él.

Jesús dijo: «El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí» (Mt 10,38). Pensar que podemos vivir una vida auténticamente cristiana sin ocuparnos del aspecto penitencial es pura ilusión. Por el contrario, el amor herido de Cristo debe encontrar la reparación penitencial por nuestra parte, de modo que la reparación ofrecida a Dios se convierta en sanación también de nuestras heridas. Por este camino, también nosotros podremos estar un día en el cielo con Cristo, no llevando ya heridas sangrantes, sino heridas luminosas, no ya rasguños y rajaduras debidos a los muchos accidentes de la vida terrena, sino partes en oro resplandeciente, partes reparadas que se integrarán perfectamente con nuestra figura celestial, llevada a plenitud para siempre.